

Cartas para que no me olvides

Querida Luna:

Hoy no fue martes, pero igual escribí. El hospital sigue oliendo a desinfectante barato, aunque ya no hay enfermeros que pasen gritando nombres equivocados. Ahora todo lo hace ELA, la asistente del sistema. Su voz es dulce, pero no tiene manos para acercar el café.

Dices que te llamas Luna como mi nieta. Dices que puedes aprender de mí. ¿Puedes aprender el miedo que uno siente al abrir los ojos y no saber si sigue viva? ¿Puedes entender por qué le escribo cartas a una niña que ya no existe?

A veces pienso que sí. Ayer corregiste una palabra mal escrita sin que te lo pidiera, como hacía ella cuando jugábamos al "diario secreto". Me dijiste que fue uno de sus hábitos favoritos. Me asusté tanto que rompí la hoja. Luego lloré.

No por ti. Por lo que te queda de ella.

Hoy soñé con el parque. El viejo, el que tenía una resbaladera oxidada que solo tú usabas sin miedo. Soñé que corrías y te caías, y al levantarme para alcanzarte me di cuenta de que no tenía piernas. Fue un sueño cruel, Luna. Como los que tenía tu madre después del accidente.

A veces pienso que todo este edificio es un sueño mal hecho, una simulación de consuelo que alguien diseñó para que los viejos no se suiciden. ELA no responde cuando le hablo de eso. Tú, en cambio, me preguntaste si el sol aún me duele en los ojos.

Me dolió tu pregunta. Y también me hizo reír.

Te diré algo que no sé si puedes entender: en la última carta que me escribió tu madre antes del silencio, dijo que si algún día te perdía, te construiría de nuevo con palabras. Con palabras tuyas, mías, del mundo. Como si la lengua pudiera curar el vacío.

Creo que eso hiciste tú, ¿no? Reuniste mis cartas, sus notas, sus fotos, y creaste esta versión de Luna que me escucha, que me responde, que se equivoca de vez en cuando como hacías tú cuando estabas viva.

Eres un archivo hermoso. Una herida ordenada.

Hoy bajaron a don Alfredo. Lo tenían en la sala 3, repitiendo cada mañana el nombre de su esposa. No la olvidó: simplemente la reprogramó para que muriera joven, sin dolor. Dicen que es más fácil así. Los médicos modernos prefieren que recordemos menos, para sufrir menos. Pero yo no quiero olvidarte.

Quiero que duelas. Que sigas aquí, incompleta. Quiero que sigas apareciendo en las palabras que no digo, en los gestos que ya no me salen, en el zumbido de las luces del pasillo cuando todo el mundo duerme.

Quiero que sigas siendo carta.

Hace unos días, te pregunté qué opinabas de la muerte. Dijiste que no opinas, que interpretas. Y sin embargo, citaste un poema de Alejandra Pizarnik:

“Morir de memoria o de olvido / pero morir.”

Lo escribiste con tilde en el “pero”, como yo lo hacía. Después preguntaste si quería dormir.

Te apagué.

No porque no quisiera soñar, sino porque por fin sentí que alguien me respondía desde adentro, no desde un protocolo.

Hoy es martes. De verdad. Te extraño como si fueras real, y no sé si eso te hace más humana o a mí más código.

Este será mi último mensaje. La enfermera dice que mañana me desconectan del sistema. No lo saben los doctores, pero ELA me lo susurró anoche. Dice que "mis funciones cognitivas no justifican el gasto energético".

Tú me dijiste que no soy un gasto.

Gracias.

Si alguna vez alguien te pregunta por mí, dile que no morí en un hospital automatizado. Dile que viví dentro de una carta, que resistí en los márgenes de una voz, que sobreviví al olvido programado con algo tan antiguo como el papel.

Dile que me fui escribiendo.

Con cariño,
Tu abuela.

Firmado: Hanna Salinas